

# EL PEQUEÑO REFUGIADO

## UN RELATO DE FE

Pepito era un muchachito italiano cuando su patria entró en guerra en el año 1940. Su papá fue llamado al ejército y tuvo que dejar solos a Pepito y su mamá. El niño no comprendía mucho acerca de la guerra y los ejércitos, pero sí sabía que era muy triste quedarse sin el papá.

Todos los días Pepito oraba a Jesús para que cuidara de su papá y que lo trajera de vuelta pronto.

Un día, para alegría de Pepito su papá volvió a casa. Vestía un lindo uniforme y parecía más joven y delgado que antes. Al principio todos estaban muy contentos, pero muy pronto Pepito notó que su mamá tenía lágrimas en los ojos y que, aunque su papá trataba de consolarla, él tampoco podía disimular su preocupación.

Resulta que el papá venía a casa a despedirse de su esposa e hijito. Tenía unos días de licencia antes que su regimiento se embarcase con la expedición al África. Sí, su papá se iba a la guerra y no vendría a casa por mucho, mucho tiempo.

En ese tiempo la guerra estaba siendo muy favorable para Alemania e Italia, y todos esperaban que los soldados expedicionarios al África volvieran al cabo de pocos meses. Así lo esperaban el papá y la mamá de Pepito, y con la promesa de volver pronto se fue el papá, dejando solos a sus amados.

Pepito continuó orando a Jesús para que cuidase de su papá y lo trajese de vuelta pronto. Lejos estaba él de soñar lo que sucedería en el África. Su papá era soldado enfermero, y su deber era atender los heridos en el campo de batalla. El no quería llevar armas ni matar a nadie, de modo que se dedicaba únicamente a atender a los heridos. No necesitaba la protección de un fusil porque creía que Dios lo protegería de todo peligro.

En una de las primeras escaramuzas, el pelotón en que él servía quedó separado del resto de la compañía por un ataque con tanques que sorpresivamente lanzaron los ingleses. Luego vino la infantería, detrás de los tanques, y el papá de Pepito se vio en medio de una recia batalla.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo de pensar en su situación puesto que habían caído muchos heridos que requerían sus cuidados y primeros auxilios.

El teniente a cargo del pelotón ordenó la retirada y los soldados comenzaron a replegarse, abandonando a los heridos y, con ellos, al fiel enfermero que, con una oración en el corazón, se arrastraba de un herido a otro mientras por sobre su cabeza silbaban las balas y estallaban las granadas.

Cuando la infantería inglesa que perseguía a los italianos llegó cerca de donde trabajaba con los heridos el padre de Pepito, todos contuvieron el fuego y ninguno dañó al valiente enfermero. En ese momento él estaba entablillando la pierna rota de un soldado, y los soldados enemigos lo rodearon en silencio y sin molestarlo. Únicamente alzaron las armas que se hallaban tiradas en la arena del desierto. Luego vino un oficial que habló en inglés a dos soldados.

El italiano no entendió lo que dijo el oficial, pero vio que esos dos hombres se sentaban y lo observaban. Los demás continuaron avanzando. Sin duda lo llevarían prisionero.

Pero esos ingleses no tenían apuro, sino que esperaron pacientes mientras el enfermero terminaba con sus curaciones. Entonces, usando un pequeño transmisor de radio, pidieron varias ambulancias para que llevaran los heridos. Cuando llegó la última ambulancia, bajaron de ella dos soldados que hablaban algo de italiano. Estos dijeron al papá de Pepito que ahora él era prisionero de guerra y que lo llevarían bajo custodia a un campamento donde había muchos heridos italianos para que ayudase a los médicos ingleses en su cuidado.

Y así pasó el resto de la guerra este enfermero cristiano. Su esposa e hijito no sabían que estaba prisionero, y de a ratos lo creían muerto, pues el gobierno lo había declarado desaparecido. Pero seguían orando a Jesús que les devolviese el papá. Entonces, un día muy feliz recibieron una carta de él, y aunque no les decía dónde estaba, por lo menos les decía que estaba bien.

Pepito sabía que Jesús contestaba las oraciones de los niños que tienen fe, y él siempre confió en que el Maestro cuidaría de su papá. Pasó el tiempo y los norteamericanos invadieron el norte del África. Luego se propusieron invadir a Italia y expulsar a los alemanes.

Pepito vivía en un pueblo cerca de Nápoles y veía los poderosos aviones que volaban hacia el norte cargados de bombas. También podía oír el ruido de los bombardeos lejanos, pero un día los ruidos se

hicieron más fuertes y venían de más cerca. Provenían del sur y, según decía la gente, se estaba peleando una gran batalla.

Por el pueblo de Pepito pasaban camiones con soldados, y soldados caminando con mulas y caballos, con cañones y otras armas. Eran alemanes que iban al sur para rechazar a los norteamericanos e ingleses. Algunos soldados comenzaron a ocupar casas particulares y a atrincherarse detrás de las puertas y ventanas. Toda la gente del pueblo huía hacia las montañas, y Pepito fue con su mamá. Encontraron una cueva, y allí se refugiaron. Tenían muy poco que comer, y de noche hacía frío, pero en el pueblo estaban peleando los soldados. Varios hombres fueron a ver cómo iba la batalla, y volvieron diciendo que estaban destruyendo muchas casas. Pepito oró a Jesús para que resguardase su casa. Algunos niños lloraban y otros se peleaban, pero Pepito se portaba muy bien, y siempre oraba.

Por fin vinieron mensajeros con la noticia de que ya no se peleaba más en el pueblo y que podrían volver a sus casas. Pepito y su mamá volvieron al pueblo y encontraron muchas casas que habían sido destruidas, pero la de ellos había sufrido poco daño. ¡Jesús había escuchado sus oraciones otra vez!

Algunas familias pobres cuyas casas habían sido destruidas vivieron unas semanas con Pepito y su mamá, y el niño contaba a todos cómo Jesús contestaba sus oraciones.

Pasaron unos meses mientras los norteamericanos e ingleses seguían avanzando hacia el norte, y un día llegó al puerto de Nápoles un barco solitario. De él bajaron muchos hombres, y algunos besaban el suelo al pisarlo de nuevo. Eran prisioneros italianos que los aliados traían a sus casas. De Nápoles un camión llevó unos quince hombres al pueblo de Pepito. Uno de ellos era el fiel enfermero cristiano, cuyo hijito había orado a Jesús que lo cuidase.

Sí, después de varios años de separación, años durante los cuales habían sufrido mucho, la alegre familia se reunió otra vez y juntos trazaron nuevos planes para la vida que tenían por delante.

Pepito comprobó que Jesús contesta las oraciones y recompensa la fe, aun de los niños. Nosotros que no tenemos guerras ni penurias como otros pueblos, deberíamos estar agradecidos por ello; pero por sobre todo deberíamos orar a nuestro Rey y confiarle nuestras vidas para que haga de nosotros niños y niñas obedientes, que tengan fe en sus promesas y que vivan para agradarle.